

# ADAPTACIONES Y REESCRITURAS



"Si ya nos la sabemos de memoria diréis. Y, sin embargo, de esta historia tenéis una versión falsificada, rosada, tonta, cursi, azucarada, que alguien con la mollera un poco rancia consideró mejor para la infancia..."

*Cuentos en verso para niños perversos*

(Road Dahl)

No debería sorprendernos que los cuentos tradicionales se adapten a los nuevos tiempos. Han sido sometidos a alteraciones en su proceso de transmisión, oral o escrita, a lo largo de los siglos con el fin de adecuarlos a los gustos de cada momento. En la versión escrita de 1697 de *Caperucita Roja*, Charles Perrault le añadió una moraleja, con el fin de prevenir a las niñas de las

intenciones perversas de los desconocidos. Algo más de un siglo después, los hermanos Grimm dulcificaron la trama del cuento y le añadieron un final feliz. Si a la *Caperucita Roja* del siglo XVII la devoraba el lobo, no sería de extrañar que la actual reprendiera a la fiera por su actitud sexista cuando la abordase en el bosque.

La fuerza del cuento, no obstante, radica en que habla con el lenguaje de los símbolos y en que nos invita a explorar la oscuridad del mundo, la cartografía de los miedos, tanto ancestrales como íntimos. Por eso nos interpela a todos, también a los adultos. Cada época tiene sus lobos feroces. Uno de ellos, hoy, es la sobreprotección infantil. Las versiones, actualizaciones o reescrituras de los cuentos no deberían estar guiadas por una excesiva tutela de la imaginación de los niños. La cautela desmedida con el fin de no herir sensibilidades podría llevar a que los cuentos acabaran por convertirse en diversiones inofensivas ambientadas en un mundo sesgado donde no existen las decepciones, el dolor o los conflictos. Al edulcorar los cuentos infantiles, se los priva de lo más valioso: el acceso a significados más profundos, la estimulación de la fantasía, la comprensión de ciertas emociones o,

incluso, la inspiración para descubrir soluciones. De ahí que **Charles Dickens** afirmara que “la tolerancia, la cortesía, la consideración por los pobres y los ancianos, el afecto por los animales, el amor a la naturaleza, la aversión a la tiranía y a la fuerza bruta..., muchas de esas virtudes alimentaron el corazón de los niños por primera vez gracias a la enérgica ayuda de los cuentos de hadas”.

**Ítalo Calvino**, en su selección de cuentos de la tradición popular italiana escribe “*le fiabe sono vere*” o “los cuentos son verdaderos”. Nos confirma su intuición de que los cuentos no solo encapsulan los mitos perdurables de una cultura, sino que “contienen una explicación general del mundo, donde cabe todo el mal y todo el bien, y donde se encuentra siempre la senda para romper los más terribles hechizos”. Con su extrema concisión, los cuentos de hadas nos hablan del miedo, la pobreza, la desigualdad, la envidia, la muerte, la crueldad, la avaricia... Por eso son verdaderos. Los animales parlantes o las hadas madrinas no buscan confortar a los niños, sino dotarlos de herramientas para vivir, en lugar de inculcarles rígidos patrones de conducta, y estimular su razonamiento moral. Si eliminamos las partes oscuras e incómodas, los cuentos de hadas dejarán de ser esos sorprendentes árboles sonoros que crecen en la memoria humana, como los definió el poeta **Robert Bly**.

Al ver ahora estas adaptaciones de los clásicos podríamos preguntarnos:

¿Es el objetivo de estas adaptaciones el rescate y transmisión de un patrimonio cultural universal? ¿Qué queremos preservar en realidad? ¿Es necesario censurar temas o contenidos y formas literarias como la sátira o la parodia? ¿Qué ocurre con los finales negativos, los personajes malvados o la ambigüedad en los comportamientos? Quizá los clásicos están hoy aquí, esos inadaptados de siempre, para demostrarnos que en definitiva tantas certezas sobre lo que “debe ser” un libro para niños, sobre lo que un niño puede o debe leer, no son sino representaciones ancladas en nuestro presente histórico y cultural. Relativas y discutibles, pero, en definitiva, de nuestro tiempo.

Siete gigantes llegaron después de trabajar y se sorprendieron mucho cuando entraron a su hogar.

Buscaron al causante del orden y la limpieza, y vieron que era una chica pequeña y de gran belleza.

